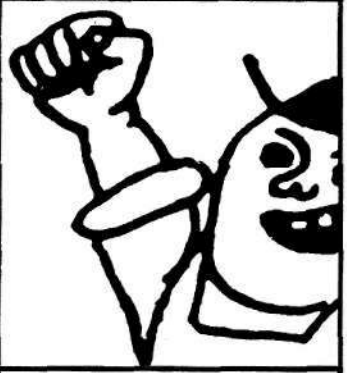
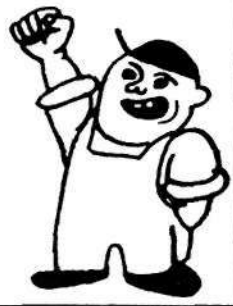


DOSSIER: AUTONOMIA OBRERA





AUTONOMIA OBRERA: UNA ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA

FELIPE AGUADO

La autonomía obrera, como alternativa revolucionaria, supone un planteamiento radicalmente nuevo en todos los campos de la lucha emancipadora, desde el teórico al práctico y al organizativo. Planteamiento nuevo que, respetando y asumiendo la historia del Movimiento Obrero y sus logros teóricos y organizativos más decisivos, asume, desde una perspectiva integral, los nuevos campos de lucha que el desarrollo del capitalismo y la lucha de clases abren. Con el presente texto se pretende desarrollar, esquemáticamente, esa interpretación de la alternativa de futuro en el Movimiento Obrero.

I. EL EJE DE LA ALTERNATIVA: LA CONSTITUCION DE LOS TRABAJADORES COMO CLASE EN SUJETO REVOLUCIONARIO

La historia del Movimiento Obrero muestra claramente cómo, hasta ahora, la revolución social ha sido siempre derrotada por unos u otros medios. A veces lo ha sido por los enemigos de clase de los trabajadores, las clases dominantes: caso de las revoluciones de 1848, de la Comuna. Otras veces lo ha sido por enemigos internos de la propia clase, el reformismo, el vanguardismo, la propia incapacidad obrera: URSS, revolución de consejos en Alemania, Italia, revolución española... De esta permanente derrota de la clase obrera entresacamos dos datos decisivos:

a) Los trabajadores, en los momentos revolucionarios, en las grandes ofensivas de lucha, se autoorganizan como clase en comunas, soviets, consejos, colectividades, siguiendo siempre los criterios de la democracia directa y consejista. Esta autoorganización de los trabajadores no se queda en ello, sino que, en tanto clase organizada, se sabe con poder, se sabe capaz de transformar la sociedad, y se constituye en organización de poder revolucionario de clases, rebasando los marcos estrictos de las reivindicaciones económicas o sociales para buscar, de un modo integral, la liberación total de los hombres. Esta autoorganización revolucionaria de

los trabajadores, integradora y unificadora de todos los frentes de lucha (económico, político...), en busca de la emancipación total del hombre, es lo que entendemos como autonomía de clase.

Situados en esta perspectiva, **la autonomía obrera es una práctica histórica** de la propia clase. Una práctica espontánea, natural, objetiva; exigida por la situación, condiciones y necesidades de los trabajadores en la sociedad capitalista.

b) Sin embargo, la autonomía de la clase ha sido históricamente derrotada. Y lo ha sido porque la clase obrera no ha estado en condiciones de defender e impulsar su propia práctica autónoma más allá de una primaria espontaneidad revolucionaria. El caso de los soviets en 1917 es el más claro de todos. Los trabajadores soviéticos la sociedad, pero su impulso es manipulado por los bolcheviques que, situándose en la cresta de la ola revolucionaria, asimilan el movimiento, orientándolo según sus intereses específicos.

El hecho de la derrota de la autonomía de clase se repite en muchos otros similares momentos revolucionarios: machacada por la burguesía (Comuna), por organizaciones vanguardistas (Rusia 1917), o por los reformistas (consejos de Alemania, Revolución Española). Siempre se echa en falta al elemento político-social que sea capaz de afrontar los intentos manipuladores de la autonomía de clase, que sepa defender la autoorganización e impulsarla. Los trabajadores, dominados a todos los niveles bajo el capitalismo, irrumpen en un momento revolucionario con una espontaneidad autonomista, pero con unos niveles de inmediatez tales que son controlados por las formaciones sindicales y políticas más preparadas. Se hace necesario un polo interno a la propia clase que, rechazando todo protagonismo por su parte, toda veleidad dirigista o sustituita de los trabajadores, sepa en cambio aportar a la clase en lucha los instrumentos necesarios para trascender su propia inmediatez, para dar el salto, por su propio impulso, a la revolución.

Lo que en definitiva esa organización aportaría a la clase en lucha no sería más que la propia memoria histórica de la clase, destruida por el capital y el reformismo. Aportaría la experiencia de la lucha de clases concretada en instrumentos de acción, organización y análisis, buscando la asunción del protagonismo total de la clase en el proceso revolucionario, para lo que es necesario algo más que desesperación y espontaneidad revolucionaria.

El proletariado (conjunto de los trabajadores) no es, bajo el capitalismo, sujeto revolucionario, manipulado como está a todos los niveles. En los momentos revolucionarios aparece como sujeto revolucionario espontáneo, fácilmente domeñable tras las primeras ofensivas. La constitución del proletariado en sujeto revolucionario efectivo es una tarea a hacer, en la que tenemos un papel importante a jugar aquellos que vemos clara la perspectiva. En esta tarea, los revolucionarios conscientes tienen que aportar a la espontaneidad revolucionaria de la clase su propia memoria histórica. Conjuntados ambos factores, se posibilita la constitución del proletariado en sujeto revolucionario efectivo.

Desde esta perspectiva, **la autonomía obrera es una alternativa política** que se plantea como objetivo central la aglutinación de los militantes que entienden su papel no como vanguardia dirigista de la clase, sino como luchadores por la autoconstrucción del proletariado en sujeto revolucionario.

II. LA ALTERNATIVA PRACTICA DE LA AUTONOMIA OBRERA

Desde esta perspectiva, construir la autonomía de la clase supone:

a) Como **alternativa organizativa para la clase** en cuanto tal, la defensa y potenciación de la **asamblea** como eje de la autoorganización popular a todos los niveles (fábrica, barrio, centro educativo...). La asamblea es el lugar central de debate y decisión de los trabajadores, que, para existir como real asamblea decisoria —no sólo como caja de resonancia de partidos o sindicatos—, permanente y madura, debe estar com-

pletada con instrumentos de trabajo cotidianos que preparen la asamblea y ejecuten sus decisiones: comisiones de trabajo, asambleas parciales, prensa propia, consejo de delegados, etc... Todos estos instrumentos y órganos funcionarán siempre según los criterios de la democracia directa y consejista: comisiones técnicas de trabajo, delegados revocables y mandatarios, etc...

Asimismo, la autonomía asamblearia exige que la propia asamblea no se ponga techos ni límites a sí misma, ya sean éstos de índole económica, política, cultural, etc... La asamblea debe ir buscando el afrontar y dar respuesta, desde ella misma y a través de sus órganos, a todos los problemas que exige la liberación integral del hombre, desde la lucha contra la explotación, a la lucha contra la opresión, contra la alienación, etc... No tiene techo político o cultural, ni tampoco busca el fraccionamiento orgánico entre lo económico y lo político.

Se trata de una lucha revolucionaria integral contra la dominación integral del trabajador en la sociedad capitalista.

b) Como **criterios políticos de base:**

La **lucha contra el vanguardismo** de las organizaciones de clase. Negarse y combatir las alternativas de los partidos y sindicatos que intentan una organización ideológica de la clase, sustituita de la organización integral.

Lucha contra la parcelación partido/sindicato que fuerza a la clase obrera a sindicarse en una organización economicista y reformista, el sindicato, dirigido estratégicamente por el partido. La clase obrera, como conjunto, queda así permanentemente sometida a una limitación fundamental: delegar en una or-

ganización externa (el partido) la dirección de su propia práctica, que queda así alienada y condenada al reformismo. **Lucha contra el reformismo** de los sindicatos (que, dentro del sistema capitalista, se quedan en la defensa del valor de cambio de la fuerza de trabajo sin cuestionarse su superación) y de los partidos (que se convierten en alternativas administradoras de las crisis del sistema y racionalizadoras de su propio desarrollo, sin plantear tampoco la revolución social).

Partido y sindicatos se han convertido en las organizaciones corporativistas de la clase obrera en el sistema capitalista. Son organizaciones **de clase**, porque su base social son los trabajadores y defienden sus intereses inmediatos. Pero **no son revolucionarias** en tanto no buscan la revolución social, la defensa de los intereses estratégicos de los trabajadores, sino **corporativas**, en tanto sólo defienden los intereses de los trabajadores como parte o "cuerpo" de la propia sociedad burguesa, a la que aceptan como mercado de intereses.

Lucha contra la verticalización jerárquica y el autoritarismo de la sociedad.

El autoritarismo, como criterio de organización, es esencial a toda sociedad de dominación del hombre por el hombre. El autoritarismo niega el comunismo, en tanto éste exige el protagonismo de la colectividad como sujeto de decisión, mientras aquél sitúa el centro de decisión en la minoría, que por ello mismo se convierte en dominante del conjunto. El autoritarismo y la jerarquización se muestran no sólo en la fábrica y en la vida política, sino también en la llamada "vida privada", y se reproducen en las

organizaciones reformistas y vanguardistas, que niegan así su pretendido carácter socialista o comunista, a veces incluso libertario.

La lucha por la autonomía obrera es una lucha libertaria. Libertaria en el sentido de que es una tarea que se funda en la construcción de una sociedad realmente libre y en el sentido de que esa misma tarea se hace también en libertad.

La libertad la entendemos como el clima social, político, cultural, que permite que una colectividad sea protagonista de su destino a todos los niveles. Una colectividad, pues, que se autoorganiza según los criterios de la democracia directa y consejista; una colectividad que organiza el trabajo y cubre sus necesidades según los principios del comunismo ("de cada uno según sus posibilidades y reciba cada cual según sus necesidades"); una colectividad integral en el enfoque y solución de los problemas, potenciadora de la realización del individuo al par que de la colectividad. Libertad, por tanto, que no es individualismo ni pasotismo. Libertad, por tanto, que no es patrimonio de ninguna corriente ideológica del movimiento obrero. La libertad no es anarquista ni marxista. La libertad es comunista. Y se puede ser comunista y libertario siendo anarquista así como siendo marxista, siempre que se superen el dogmatismo y el mecanicismo que unos y otros muestran en muchas ocasiones. Aunque quizá, hoy, ser libertario sea algo distinto de ser exclusivamente anarquista o marxista, según han quedado históricamente configurados, sin negar absolutamente uno ni otro, sino asumiendo-superando ambos dialécticamente.

c) Como **tareas concretas en la actual coyuntura:**

El capital ha emprendido con éxito una ofensiva de reestructuración en el terreno económico y político, como plataforma para superar la crisis de acumulación y de formas de dominación que ha sufrido en los últimos años, tanto a escala internacional como en la propia España. La reestructuración y la superación de la crisis de formas de dominación de clase está siendo posible merced al pacto social firmado por las organizaciones corporativistas de la sociedad burguesa (reformismo del capital, reformismo obrero).

En este marco, las tareas inmediatas que exige el desarrollo de la autonomía obrera son:

— Desestabilizar lo más radicalmente posible el pacto social; intentar superar en todas las dimensiones posibles los límites del Pacto de la Moncloa.

— Afirmar las asambleas; negarse a asumir los comités de empresa y forzar la elección de comisiones de negociación o de trabajo en la propia asamblea.



— Desarrollar en las empresas, barrios, centros educativos, prensa alternativa de información; pero prensa no sólo informativa y reivindicativa, sino también cultural y libertaria.

— Contestar continuamente las propuestas de representación autoritaria: elecciones parlamentarias, municipales, sindicales...

— Desarrollar nuevos métodos de lucha: autorreducciones organizadas, lucha ecologista y antinuclear, contra la marginación en cualquiera de sus dimensiones, contra el paro.

— Contra la opresión y represión. Desarrollar la información y la solidaridad con los represaliados y reprimidos a todos los niveles: despedidos, detenidos, apaleados...

— Apoyo a la juventud, zona periférica de la explotación capitalista no asimilada aún plenamente por el sistema. La juventud que se muestra muy contestataria del sistema, aunque en muchas ocasiones de forma individualista y pasotista. Sin embargo, en la juventud está potencialmente una buena parte de las posibilidades de abrir una nueva ofensiva emancipadora.

— Coordinar, integrar, globalizar lo más posible todas las iniciativas y luchas que salten. La autonomía no es dispersión, localismo, espontaneísmo radical, como algunos intentan defender. La autonomía es lucha libertaria eficaz. La libertad y la eficacia no tienen por qué estar reñidas, y si lo están peligran el futuro y la globalidad de la una y la otra.

III. LA ALTERNATIVA ORGANIZATIVA DE LA AUTONOMIA OBRERA

Hemos hablado de la organización de la autonomía obrera a nivel de la propia clase. Ahora nos interesa desarrollar algunos aspectos de la organización de los militantes por la autonomía de la clase.

A la base de todo el planteamiento está el principio de que una organización militante tiene que regirse por los mismos criterios que quiere ver implantados en la sociedad que pretende, en este caso la sociedad comunista y libertaria. No se puede proyectar socialmente algo que no se practica. Si las relaciones militantes en una organización son comunistas y libertarias, ese mismo carácter tendrá lo que promueve socialmente esa organización. No puede promover la asamblea una organización no asamblearia (caería inmediatamente en la verticalización y manipulación de la asamblea), como no puede promover la democracia directa en las organizaciones de la clase una fracción organizada de ella que no se rija por esos mismos criterios. Por ello la organización de los militantes por la autonomía obrera deberá tener las siguientes características:

1. Negarse a construirse en vanguardia dirigista y sustituirse en la clase bajo ningún concepto ni en ninguna dimensión. El carácter de la organización es el de instrumento militante para la constitución del proletariado en sujeto revolucionario.

2. Regirse internamente por los criterios de la democracia directa y consejista:

a) La asamblea frecuente como eje de debate y decisión.

b) La constitución de comisiones de trabajo elegidas y revocables por la asamblea para cubrir funciones coyunturales o permanentes.

c) Los Consejos de Delegados o asambleas de delegados como órganos de coordinación de unidades locales o sectoriales. Delegados con el carácter de mandatarios y revocables.

d) La asamblea general o de delegados, como órgano unificador de las líneas de intervención, de la estrategia y de las características de la organización. Unificación necesariamente vinculante para todos los que participen en el proceso democrático de toma de decisiones.

3. Centrar la base organizativa no sólo en la asamblea, sino paralelamente en unidades más pequeñas de debate, acción y solidaridad inmediata: comités, equipos...

4. Afrontar la problemática global de los hombres en sociedad, buscando respuestas integrales. Así, afrontar los problemas "económicos" (desde la carencia de bienes de uso y consumo hasta la cosificación en el trabajo), los sociales y políticos (desde la marginación social, hasta la opresión, represión e instrumentalización política), los "culturales" (desde las reivindicaciones de instrucción no autoritaria hasta la capacitación estética, el derecho al ocio, ...). Afrontar también, paralelamente a esos frentes clásicos, la liberación de la cotidianidad, el desarrollo pleno de la subjetividad, de la identidad personal, desde un afrontamiento libre e integral de la sexualidad hasta la comunicación y la solidaridad interpersonales.

La liberación integral del hombre en sociedad habrá de hacerse desde una organización igualmente integral que no separe vida pública/vida privada ni lucha económica/política/cultural. Que no los separe no sólo a nivel de principios y de intenciones subjetivas, sino que incluso lo integre a nivel organizativo. La organización integral de militantes por la autonomía de clase debe afrontar sin parcelar, unitariamente y desde ella misma, tanto la lucha económica como la política y la de construcción de la conciencia socialista de clase. Lo que no implica, por otra parte, que no se afronte la diversidad de frentes. A ello debe responder la organización integral con sectores (empresas, bar-

rios...). Pero estos sectores no se autonomizan convirtiéndose en sindicatos o partidos, sino que tienen una autonomía relativa, dependiendo de la asamblea general que unifica las líneas de trabajo a todos los niveles. Por otra parte, la organización integral tiene que buscar puntos de encuentro militante y vital a nivel intersectorial más allá de los propios instrumentos de lucha estructural.

IV. LA ALTERNATIVA TEORICA DE LA AUTONOMIA OBRERA

La autonomía de clase es una alternativa revolucionaria que se desarrolla no sólo en el ámbito de la práctica o de la organización. Paralelamente exige un desarrollo de la teoría. Teoría y práctica se necesitan profundamente. No hay novedad real a nivel de práctica si no la acompaña una novedad paralela a nivel de teoría, y viceversa. Así, por ejemplo, cuando CC.OO. hace protestas asamblearias, sin haber sufrido ninguna transformación teórica y organizativa, no desarrolla más que un puro oportunismo con el que pretende "recuperar" el movimiento asambleario que se le iba de las manos. Las alternativas revolucionarias o lo son a todos los niveles, o no son más que oportunismos y repeticiones de fondo, aunque con cambios de fachadas, de los viejos planteamientos.

La autonomía de clase es una alternativa que se construye al hilo de la práctica asamblearia anticapitalista de la propia clase en lucha. Pero puede construirse como tal alternativa precisamente porque esa práctica se reflexiona a la luz de un método, de una historia de la lucha de clases, de una experiencia, que a su vez también han sido puestos en la piqueta crítica, exigido por el propio carácter de las luchas.

En este proceso teórico-práctico, las teorías revolucionarias clásicas se han ido mostrando, cada vez con más claridad, como insuficientes y, a veces, inclusive como contrarrevolucionarias. El marxismo se ha anquilosado en una interpretación mecanicista, hegemonizado por organizaciones socialdemócratas, vanguardistas y burocráticas. El anarquismo ha sido impotente socialmente para construir una alternativa real al sistema, bloqueado por el antipolitismo dogmático y por toda una serie de insuficiencias teóricas y organizativas. Tanto el marxismo como el anarquismo, según se reflejan en sus organizaciones históricas, e incluso en sus textos originarios, no sirven ya como alternativas revolucionarias, si se pretende tomar el uno o el otro al pie de la letra y en su integridad, con exclusión de toda otra aportación que no esté en su propia tradición teórica y organizativa.

Tanto el marxismo como el anarquismo son teorías revolucionarias que surgen en un momento histórico determinado (2.º mitad del s. XIX) y en unas formaciones sociales concretas (Alemania, Francia, Inglaterra —marxismo—; Rusia, Italia, España —anarquismo—). Las tendencias y corrientes diversas en el seno de ambos son aplicaciones concretas a formaciones sociales específicas: leninismo (Rusia, primeros de siglo XX); maoísmo (China, mediados s. XX), castrismo (Cuba, años 60, s. XX). Otro tanto podría decirse del anarquismo.

Si reflexionamos despacio sobre estos datos a la luz de una teoría materialista de las ideas, hemos de caer en la cuenta que intentar aplicar en España—1978 una alternativa revolucionaria surgida en otra época y en una formación social distinta, y más si se pretende hacerlo en su integridad, es un grave idealismo. Cada época y cada sociedad necesitan un planteamiento específico de la tarea revolucionaria. No existen doctrinas infalibles sobre la sociedad, el hombre y la revolución. Existen alternativas concretas surgidas desde y para formaciones sociales específicas. Entender cualquiera de estas alternativas como "correcta" para siempre es un grave idealismo, en el que no debemos caer. Hoy y aquí hemos de partir de nuestra propia reflexión sobre las luchas actuales, a la luz, por supuesto de la historia, a fin de desarrollar la alternativa revolucionaria que el proletariado necesita hoy y aquí, alternativa que, de entrada, no podrá ser otra vez cerrada y dogmática. Sin embargo, si bien esto es cierto, no

lo es menos que la alternativa revolucionaria que hoy hay que ir construyendo, y especialmente en lo teórico, no puede hacer tabla rasa de la historia del movimiento obrero, como si nada hubiese sucedido o como si no hubiese habido aportación teórica alguna de importancia. La nueva alternativa ha de construirse sobre el doble pie del análisis de las circunstancias y necesidades del hoy y aquí, y de la asunción dialéctica de la propia historia del movimiento obrero. La asunción de la historia del movimiento obrero es necesaria por dos motivos esenciales:

1.º La historia del movimiento obrero es la propia experiencia de la lucha emancipadora del proletariado; el progreso se construye sobre la historia asumida. Los trabajadores necesitamos la memoria de nuestras iniciativas, de nuestras luchas, de nuestros errores y aciertos del pasado, para, sobre todo ello, construir la alternativa de futuro.

2.º Es cierto que las aportaciones teóricas que se han hecho en la historia del movimiento obrero lo han sido desde y para coyunturas sociales temporales determinadas. Pero también es cierto que el capitalismo es un modo de producción que, aunque con variaciones sustanciales de país a país y de época a época, mantiene unas ciertas "invariantes" de base que en lo esencial permanecen en todas las formaciones sociales que él hegemoniza: trabajo asalariado, estado de clase específico... Estas "invariantes del sistema" motivan igualmente ciertas "invariantes revoluciona-

rias" en buena medida descubiertas y analizadas por las organizaciones y los teóricos y publicistas del movimiento obrero.

Este hecho nos releva de la tarea de rehacer hoy aquellos análisis que permitieron mostrar las "invariantes". Habrá que reasumir aquellas aportaciones, relejendo la historia del movimiento obrero, sus textos decisivos y sus organizaciones más creadoras. Habrá que espigar en todo ese legado buscando distinguir lo que realmente son aciertos a niveles de "invariantes" de lo que son datos coyunturales, e incluso incrustaciones ideológicas.

Esto hay que hacerlo con Marx y los diversos marxismos. Sin doctrinarismos, pero también sin prejuicios. Como también hay que hacerlo con los diversos anarquismos. El grueso de lo que habrá que asumir de Marx y los marxismos estará, probablemente, a nivel de método de trabajo y a nivel de determinados pasos del materialismo histórico, especialmente en la economía política y aspectos de la teoría política. Lo fundamental a asumir del anarquismo estará, también probablemente, en aspectos de la crítica a la sociedad burguesa y, sobre todo, en el sentido libertario de toda su práctica y su proyecto social.

Quizá una lectura libertaria de Marx (que no es lo mismo que el sincretismo o el eclecticismo de un pretendido marxismo libertario) podría ser un buen método para empezar. Aunque, desde luego, sin bloquearse en ello, sino con una total amplitud y libertad de miras.



Anton Pannekoek nació en 1873 y murió en Holanda el 28 de abril de 1960.

El prestigio de su obra proviene principalmente de las posiciones por él sostenidas acerca del problema del Partido Revolucionario, la participación en las elecciones y en el Parlamento burgués y la función de los consejos obreros; posiciones compartidas por toda una serie de autores (Lukács, Korsch, Mattick) a

PARA LUCHAR CONTRA EL CAPITAL HAY QUE LUCHAR TAMBIÉN CONTRA EL SINDICATO

ANTON PANNEKOEK

los que se conoce globalmente como "Izquierda de la III Internacional".

El artículo que publicamos apareció a la luz en la revista "Living marxism" en noviembre de 1938 y constituye a buen seguro el precedente histórico más directo de las posiciones teóricas que hoy en día sostienen los sectores que se reclaman de la "Autonomía obrera".

La organización es el principio fundamental de la lucha de la clase obrera por su emancipación. De ello se deriva que, desde el punto de vista del movimiento práctico, el problema más importante es el de las formas que debe asumir tal organización. Estas formas están naturalmente determinadas tanto por las condiciones sociales como por los objetivos de la lucha. Lejos de ser un resultado de los caprichos de la teoría, sólo pueden ser creadas por la clase obrera que actúa espontáneamente en fun-

* * *

ción de sus propias necesidades inmediatas.

Los obreros crearon los sindicatos en la época en que el capitalismo iniciaba su expansión. El obrero aislado se veía reducido a la impotencia; por ello tenía que unirse con sus compañeros si quería luchar y discutir con el capitalista la duración de la jornada laboral y el precio de su propia fuerza-trabajo. En el seno del modo de producción capitalista, patronos y obreros tienen intereses antagónicos; su lucha de clase tiene por objeto la repartición del producto social global. Normalmente, los obreros reciben el valor de su propia fuerza-trabajo, es decir, la suma necesaria para mantener su capacidad de trabajo. La parte restante de la producción constituye la plusvalía, la parte que va a la clase capitalista. Para acrecentar sus propios beneficios, los capitalistas tratan de rebajar los salarios y de aumentar la duración de la jornada laboral. Por ello, en la época en que los obreros eran incapaces de defenderse, los salarios descendían por debajo del mínimo vital, las jornadas laborales se hacían más largas y la salud física y nerviosa del trabajador se deterioraba hasta tal punto que ponía en peligro el propio futuro de la sociedad. La formación de los sindicatos y la promulgación de leyes que regulasen las condiciones de trabajo —fruto de una dura lucha de la clase obrera por las condiciones de su propia existencia— eran indispensables para que se restableciesen las condiciones de trabajo normales en el interior del sistema capitalista. La propia clase explotadora acabaría admitiendo que los sindicatos son necesarios para canalizar las revueltas obreras e impedir los riesgos de una explosión imprevista y brutal.

Se produjo así el desarrollo de organizaciones políticas, cuyas formas —es cierto— variaban a menudo de un país a otro en función de las situaciones políticas locales. En América, donde toda una población de labradores, artesanos y comerciantes, ignorantes de la sumisión feudal, podía expandirse libremente explotando los recursos naturales de un continente cuyas posibilidades parecían infinitas, los obreros no tenían la sensación de formar una clase aparte. Como todos los demás, estaban imbuidos del espíritu pequeño-burgués de la lucha individual y colectiva por el bienestar personal, y podían esperar, por lo menos en cierta medida, que sus aspiraciones se verían satisfechas. Con escasas excepciones, sobre todo entre grupos de emigrantes recientes, nunca se sintió la necesidad de un partido de clase distinto.

En Europa, por otro lado, los obreros se vieron arrastrados en la lucha de la burguesía ascendente contra el orden feudal. Pronto tendrían que crear partidos de clase y, tras aliarse con una fracción de las clases medias, combatir por la obtención de derechos políticos y sindicales, libertad de expresión y de reunión, sufragio universal e instituciones democráticas. Para su propaganda, un partido político necesita unos principios generales; para rivalizar con los demás, necesita una teoría que contenga ideas precisas y definidas sobre el futuro. La clase obrera, en la que ya habían germinado los ideales comunistas, descubrió su propia teoría en la obra de Marx y Engels que exponía de qué modo la evolución social haría pasar al mundo del capitalismo al socialismo por

medio de la lucha de clases. Esta teoría figuró en los programas de la mayor parte de los partidos socialdemócratas europeos; en Inglaterra, el partido laborista, creado por los sindicatos, profesaba opiniones análogas, aunque más vagas; una especie de comunidad socialista era —a sus ojos— el objetivo final de la lucha de clases.

Los programas y la propaganda de todos estos partidos presentaban la revolución proletaria como el resultado final de la lucha de clases; la victoria de los obreros sobre sus opresores significaría, además, la creación de un sistema de producción comunista o socialista. Sin embargo, mientras durase el capitalismo, la lucha práctica no tenía que trascender el marco de las necesidades inmediatas y de la defensa del nivel de vida. En un régimen democrático, el Parlamento era el lugar en el que se enfrentaban —como en un campo cerrado— los intereses de las diferentes clases sociales: capitalistas grandes y pequeños, terratenientes, campesinos, artesanos, comerciantes, industriales, obreros, todos tienen intereses específicos, que sus respectivos diputados defienden en el Parlamento, todos participan en la lucha por el poder y por su parte del producto social. Los obreros, por consiguiente, deben tomar posiciones, y la misión de los partidos socialistas consiste en luchar en el plano político de modo que sean satisfechos sus intereses inmediatos. Estos partidos obtienen de este modo los sufragios de los obreros y ven acrecentada su influencia.

II

El desarrollo del capitalismo ha cambiado todo esto. Las pequeñas oficinas han sido sustituidas por las grandes fábricas y las gigantescas empresas en las que trabajan miles o decenas de miles de personas. El crecimiento del capitalismo y de la clase obrera ha tenido como consecuencia el crecimiento de sus respectivas organizaciones. Los sindicatos, que en su origen eran grupos locales, se han transformado en grandes confederaciones nacionales, con centenares de miles de miembros. Deben recoger sumas considerables para sostener huelgas gigantescas, y sumas todavía más enormes para alimentar los fondos de socorro mutuo. Se ha desarrollado toda una burocracia dirigente, un estado mayor plebítico de administradores, de presidentes, de secretarios generales, de directores de periódicos. Encargados de negociar con los patronos, estos hombres se han convertido en especialistas habituados a contemporar y a ponerse del lado de los "hechos". En definitiva, ellos lo deciden todo, desde el empleo de los fondos al contenido de la prensa; frente a estos nuevos patronos, los afiliados de la base han perdido prácticamente toda su autoridad. Esta metamorfosis de las organizaciones obreras en instrumentos de poder sobre sus propios miembros no carece de antecedentes históricos: siempre que una organización ha crecido desmesuradamente, ha escapado al control de las masas.

Idéntico fenómeno se ha producido en las organizaciones políticas, que se han transformado, de los pequeños grupos de propagandistas que eran en un principio, en

grandes partidos políticos. Sus verdaderos dirigentes son los diputados del Parlamento, cuya función es, en efecto, la de conducir la lucha real por el cauce de los organismos representativos, en los que ellos hacen carrera. Son ellos quienes redactan los editoriales, dirigen la propaganda, forman a los cuadros de rango inferior, ejercen una influencia preponderante sobre la política del partido, tienen derecho de voto, colaboran en la propaganda, pagan las cuotas y mandan sus delegados a los congresos del partido, pero éstos no son más que poderes formales, ilusorios. Por sus características, la organización se asemeja a la de los demás partidos, que no son sino grupos de políticos profesionales que tratan de cosechar sufragios por medio de slogans y de ocupar una parcela del poder. Cuando un partido socialista dispone de un elevado número de diputados, se alía con otros partidos contra las formaciones políticas más reaccionarias, para formar una mayoría parlamentaria. Desde este momento, no solamente aparece una multitud de alcaldes o concejales socialistas, sino que algunos de ellos llegan incluso a ministros u ocupan los más altos cargos del Estado. Una vez instalados en estos lugares, son naturalmente incapaces de actuar en calidad de representantes de la clase obrera, de gobernar en favor de los trabajadores contra los capitalistas. El verdadero poder político y la propia mayoría parlamentaria siguen en manos de las clases explotadoras. Los ministros socialistas deben inclinarse ante los intereses de la sociedad global, es decir, ante los intereses del Capital. Probablemente, les veremos proponer medidas capaces de satisfacer las reivindicaciones inmediatas de los obreros y presionar a los demás partidos para que las hagan adoptar. De este modo se convierten en intermediarios —alcahuetes— y cuando, tras su chalaneo, logran conseguir pequeñas reformas, se dedican a convencer a los obreros de que se trata de reformas importantísimas. Como instrumento de estos líderes, el Partido socialista acaba limitándose a la tarea de defender estas reformas y convencer a los obreros de que las acepten, dejando de estimularles a combatir por sus propios intereses, adormeciéndoles y apartándoles de la lucha de clases.

Por lo que respecta a los obreros, las condiciones de su lucha se han deteriorado. La fuerza de la clase capitalista ha crecido enormemente, paralelamente a sus riquezas. Con otras palabras, la concentración del capital en manos de unos pocos capitanes de las finanzas y de la industria, la misma coalición patronal, ponen a los sindicatos frente a un poder que ahora es mucho más fuerte, a menudo casi inexpugnable. Además, la feroz competencia desatada entre todos los capitalistas del mundo para conquistar los mercados, las fuentes de materias primas y el poder mundial, exige que partes cada vez más importantes de la plusvalía se destinen a la fabricación de armas y a la guerra: la caída de la tasa de ganancia obliga a los capitalistas a aumentar la tasa de explotación, es decir, a rebajar el nivel real de los salarios. Los sindicatos topan así con una resistencia mucho más grande, más encarnizada, y los viejos métodos se hacen progresivamente impracticables. Cuando negocian con los patronos, los



dirigentes sindicales ya no son capaces de arrancarles gran cosa. Y aunque no ignoren la fuerza alcanzada por los capitalistas, están tan poco dispuestos, por su parte, a luchar (desde el momento en que su lucha podría arruinar financieramente a las organizaciones y comprometer su propia existencia) que se ven forzados a aceptar las propuestas patronales. Su actividad principal consiste, por consiguiente, en calmar el descontento de los obreros y en presentar las ofertas de los dadores de trabajo bajo una luz más favorable. Incluso en este sentido, los líderes sirven de mediadores entre las clases antagonistas. Si los obreros rechazan estas ofertas y se lanzan a la huelga, los jefes se ven obligados o bien a oponerse a ellos o bien a darles a entender que toleran la lucha, pero con la precisa intención de que termine lo más pronto posible.

Sin embargo, es imposible detener la lucha o reducirla a un mínimo; los antagonismos de clase y la capacidad del capitalismo para reducir el nivel de vida obrero crecen continuamente, y por ello la lucha de clases debe seguir su curso: los trabajadores se ven obligados a luchar. De vez en cuando, espontáneamente, rompen sus cadenas, sin preocuparse de los sindicatos, incluso a despecho de los compromisos y de los convenios firmados en su nombre. Si los líderes sindicales consiguen retomar la dirección del movimiento, se asiste a una extinción gradual de la lucha, como consecuencia de un pacto firmado entre los capitalistas y los jefes obreros. Lo cual no significa que una huelga salvaje prolongada tenga posibilidades de triunfar; es algo demasiado restringido y limitado a los grupos directamente interesados. De un modo puramente

indirecto los patronos se ven obligados a mostrarse prudentes por temor a que se repitan este tipo de explosiones. Sin embargo, estas huelgas constituyen la prueba de que la gran batalla entre el Capital y el Trabajo no puede terminar, y que, si las antiguas formas de acción se revelan impracticables, los trabajadores se comprometen a fondo y crean espontáneamente otras nuevas. Su revuelta contra el Capital se convierte, al mismo tiempo, en una revuelta contra las formas de organización tradicionales.

III

Son muchos los que continúan concibiendo la revolución proletaria bajo el aspecto de las antiguas revoluciones burguesas, es decir, como una serie de fases que se originan unas a partir de otras; primero, la conquista del poder político y la formación de un nuevo gobierno; después la expropiación, por decreto, de la clase capitalista; y finalmente, una reorganización del proceso de producción. Pero, de este modo, el resultado sólo puede ser una especie de capitalismo de Estado. Para que el proletariado pueda convertirse realmente en el patrón de su propio destino, es preciso que cree simultáneamente su propia organización y las formas del nuevo orden económico. Estos dos elementos son inseparables y constituyen el proceso de la revolución social. Cuando la clase obrera consiga organizarse en un cuerpo único capaz de llevar a cabo acciones de masas potentes y unificadas, la hora de la revolución habrá sonado, ya que el capitalismo sólo puede enseñorearse de

los individuos desorganizados. Y cuando las masas organizadas se lanzan a la acción revolucionaria, mientras los poderes constituidos están paralizados y empiezan a disgregarse, las funciones de dirección pasan del antiguo gobierno a las organizaciones obreras. Desde este momento, la tarea principal es la de continuar la producción, asegurar este proceso indispensable a la vida social. En la medida en que la lucha de clase revolucionaria del proletariado contra la burguesía y contra sus órganos es inseparable de la confiscación, por parte de los trabajadores, del aparato de producción y de la extensión de dicha confiscación al producto social, la forma de organización que une a la clase en su lucha constituye simultáneamente la forma de organización del nuevo proceso de producción.

En este marco, la forma de organización en sindicato o en partido, originaria del periodo del capitalismo ascendente, ya no presenta la menor utilidad. Estas formas han sufrido, en efecto, una metamorfosis, transformándose en instrumentos al servicio de jefes que no pueden ni quieren comprometerse en la batalla revolucionaria. La lucha no la llevan a cabo los dirigentes; los líderes obreros aborrecen la revolución proletaria. Así, pues, para llevar a buen fin su batalla, los trabajadores tienen necesidad de nuevas formas de organización con las cuales mantener firmemente en sus manos los principales elementos de fuerza. La pretensión de construir o imaginar formas nuevas sería vana, pues éstas sólo surgen de la lucha efectiva de los propios obreros. Pero basta con fijarse en la práctica para descubrirlas, en estado embrionario, en todos aquellos casos en los que los trabajadores se rebelan contra los viejos poderes.

Durante una huelga general, los obreros toman las decisiones en asambleas generales. Eligen comités de agitación, cuyos miembros son revocables en cada momento. Si el movimiento se propaga a un gran número de empresas, la unidad de acción se realiza por medio de comités ampliados, que reúnen a los delegados de todas las fábricas en huelga. Estos delegados no deciden al margen de la base ni tratan de imponerle a ésta su voluntad. Su papel es el de simples correas, que expresan las opiniones y los deseos de los grupos a los que representan y, viceversa, que transmiten a las asambleas generales, encargadas de discutir y tomar las decisiones, las opiniones y los argumentos de los demás grupos. Revocables en todo momento, no pueden desempeñar un papel dirigente. Los obreros deben elegir solos su propio camino, decidir por sí mismos la dirección que debe tomar su acción; el poder de decidir y de actuar, con todos los riesgos y responsabilidades que comporta, es de su exclusiva competencia. Y cuando la huelga acaba, los comités desaparecen.

Existe un solo ejemplo de una clase obrera industrial moderna que haya desempeñado la función de fuerza motriz de una revolución política: es el ejemplo de las revoluciones rusas de 1905 y 1917. En cada fábrica, los obreros eligieron a sus delegados, la asamblea general de los cuales constituía el "soviet" central, consejo en el que se discutía la situación y se tomaban las decisiones. Allí se encontraban las opiniones procedentes de las diferentes fábricas y allí se

clarificaban las divergencias y se formulaban las decisiones. Pero los consejos, a pesar de tener una influencia directiva sobre la educación revolucionaria que se iba realizando por medio de la acción, no eran de hecho organismos de mando. Sucedió a veces que todos los miembros de un consejo eran arrestados, y nuevos delegados los sustituían; otras veces, cuando la huelga dejaba paralizadas a las autoridades, los consejos ejercían todos los poderes a escala local, y los delegados de las profesiones liberales se unían a ellos, en representación de sus respectivos sectores de actividad.

Esta organización consejística desapareció tras la revolución. Los centros proletarios eran simples islotes de la gran industria perdidos en el océano de una sociedad agrícola en la que el desarrollo capitalista todavía no se había iniciado. La misión de sentar las bases del capitalismo quedó en manos del partido comunista. Fue éste quien se hizo cargo del poder político mientras los soviets quedaban reducidos al rango de órganos sin importancia con poderes puramente nominales.

Las viejas formas de organización, los sindicatos y los partidos políticos, y la nueva forma de los consejos (soviets) pertenecen a fases diversas de la evolución social y tienen funciones totalmente distintas. Las primeras tenían por objetivo el reforzamiento de la situación de la clase obrera en el interior del sistema capitalista, y están ligadas al período de su expansión. El objetivo de la segunda es, en cambio, el de crear un poder obrero, abolir el capitalismo y la división de la sociedad en clases; y está ligada al período de decadencia del capitalismo. En el seno de un sistema ascendente y próspero, la organización de los consejos es inviable, desde el momento que los obreros se preocupan únicamente de mejorar sus propias condiciones de existencia, cosa que hace posible la acción sindical y política. En un capitalismo en decadencia, presa de la crisis, este último tipo de acción resulta vano,

y aferrarse al mismo no puede sino frenar el desarrollo de la lucha y de la actividad autónoma de las masas. En épocas de tensión y de revuelta crecientes, cuando los movimientos huelguísticos se expanden por países enteros y hacen tambalear las bases del poder capitalista, o cuando después de una guerra o de un catástrofe política la autoridad del gobierno se delega y las masas pasan a la acción, las viejas formas de organización ceden su puesto a las nuevas formas de autoactividad de las masas.

POR LA ACCION DIRECTA

En este punto surge una cuestión de excepcional importancia: ¿cómo es posible deducir la existencia o el florecer de una voluntad de lucha en el seno de la clase obrera? Para contestar, hemos de alejarnos, ante todo, del ámbito de las disputas entre los partidos políticos —concebidas sobre todo para burlarse de las masas— y dirigimos hacia el interés económico, que es el lugar hacia el que las masas dirigen intuitivamente su áspera lucha destinada a defender su nivel de vida. En este sentido se hace evidente que con el paso de la pequeña a la gran empresa, los sindicatos dejaron de ser instrumentos de lucha proletaria. En nuestra época, se están transformando paulatinamente en organismos de los que el capital monopolista se sirve para dictar alternativas a la clase obrera.

Cuando los trabajadores empiezan a darse cuenta de que los sindicatos son incapaces de dirigir su lucha contra el capital, la tarea más inmediata es la de descubrir y aplicar nuevas formas de lucha: la huelga salvaje. Este es, en efecto, el medio para librarse de las tutelas ejercidas por los viejos líderes y por las viejas organizaciones, el medio que permite tomar las iniciativas necesarias, juzgar el momento y las formas de la acción, fijar todas las decisiones útiles; en este nuevo marco, los obreros deben encargarse ellos mismos de hacer propaganda, de ex-

tender el movimiento y de dirigir la acción. Las huelgas salvajes constituyen explosiones espontáneas, la manifestación auténtica de la lucha de clase contra el capitalismo. Hasta hoy, seguramente, no se han dado apenas objetivos más generales; pero esto no impide que expresen de un modo concreto el nacimiento de una nueva mentalidad en las masas rebeldes: la acción autónoma, ya no dirigida por los jefes; el espíritu de independencia, y ya no de sumisión; la voluntad de lucha activa, y ya no la aceptación pasiva de órdenes caídas del cielo; la solidaridad y la unidad indestructible con los compañeros, y ya no el deber impuesto por la afiliación política y sindical. Esta unidad en la acción, en la huelga, corresponde, por supuesto, a la unidad en el trabajo productivo de cada día: lo que lleva a los trabajadores a reaccionar de este modo, como un solo hombre, es la actividad colectiva, el interés común frente a un patrón capitalista común. Todas las posturas individuales, todas las fuerzas de carácter y de pensamiento, exaltadas y tensas al extremo, se unen, por medio de las discusiones y de las decisiones, en un objetivo común.

En el curso de la huelga salvaje, se delinean ya los rasgos de una nueva orientación práctica de la clase obrera, de una nueva táctica: el método de la acción directa. Estas luchas constituyen la única rebelión que cuenta frente a las potencias degradantes y regresivas del capital internacional, del capital-patrón del mundo. Cierto, a pequeña escala, tales movimientos están casi irremediamente destinados a terminar bruscamente en un fracaso total; son simplemente signos premonitorios. Para convertirse en movimientos eficaces, se requiere una condición: la conquista progresiva de las masas. Efectivamente, sólo el miedo de ver estas huelgas extenderse al infinito puede inducir al capitalista a pactar. Si la explotación deviene cada vez más intolerable —lo cual es indudable— la resistencia no dejará de renacer y afectará a masas cada vez mayores. Cuando esta resistencia asuma una amplitud tal que produzca graves perturbaciones en el orden social, cuando los trabajadores ataquen al Capital en su propia esencia, es decir, en la posesión de las empresas, deberán entonces afrontar el poder del Estado y sus inmensos medios. La huelga asumirá entonces un carácter necesariamente político; los comités de agitación, encarnación de las comunidades de clase, asumirán funciones sociales de otra magnitud, comenzando a revestir la forma de consejos obreros. A partir de este momento, despuntará en el horizonte la revolución social, el hundimiento del capitalismo.

CONSEJOS O ESTADO

El socialismo que nos ha transmitido el siglo XIX no era más que la creencia en una misión social atribuida a los jefes socialistas y a los politicastos profesionales: transformar el capitalismo en un sistema económico puesto bajo la dirección del Estado, exento de toda forma de explotación y que diese a todo el mundo la posibilidad de vivir en la abundancia. El inicio y el fin de la lucha de clases era que el único medio que tenían los obreros de conquistar la libertad consis-



tía en llevar a estos socialistas al gobierno. ¿Por qué ésto no se verificó? Porque el insignificante gesto que se hacía durante el breve paso por una cabina electoral no tenía apenas relación con una lucha de clase real. Porque los politicastros socialistas querían luchar por sí solos contra el inmenso poder de la clase capitalista, mientras las masas trabajadoras, reducidas al rango de espectadores pasivos, contaban con este puñado de hombres para transformar el mundo. ¿Cómo era posible que, así las cosas, los politicastros no se hubiesen abandonado a la rutina, siempre dispuestos a justificarla, a sus ojos, por haber remediado, con medidas legislativas, los abusos más escandalosos? Hoy es evidente que el socialismo, en el sentido de gestión estatal y planificada de la economía, corresponde al socialismo de Estado, y que el socialismo en el sentido de emancipación de los trabajadores, exige un cambio total de orientación. La nueva orientación del socialismo consiste en la autogestión de la producción, en la autogestión de la lucha de clase por medio de los consejos obreros.

Las transformaciones económicas producen sólo poco a poco cambios de mentalidad. Educados a creer en el socialismo, los obreros se hallan completamente desconcertados al ver que éste conduce ahora a resultados totalmente opuestos, a un empeoramiento de la esclavitud. Es realmente

duro llegar a comprender que el socialismo y el comunismo se han convertido en sinónimos de doctrinas de sujeción. La nueva orientación no puede afirmarse de la noche a la mañana, requiere tiempo; es posible que sólo la nueva generación sea capaz de darse cuenta de su necesidad en toda su amplitud.

Al terminar la primera guerra mundial, la revolución internacional parecía inminente; la clase obrera se alzaba con la gran esperanza de ver sus viejos sueños transformados en realidad. Pero eran sueños de libertad parcial, y por ello no podían realizarse.

Actualmente, es decir, después de la segunda guerra mundial, sólo la esclavitud y el exterminio parecen inminentes; los días de esperanza están lejanos, pero emerge confusamente una tarea, que es el gran objetivo a cumplir, la auténtica libertad.

Más poderoso que nunca, el capitalismo se afirma como patrón del mundo. Más poderosa que nunca, la clase obrera debe afirmarse en su propia lucha para dominar el mundo.

El capitalismo ha descubierto formas de presión más poderosas que nunca. La clase obrera debe descubrir y servirse de formas de lucha más poderosas que nunca.

Hace un siglo, cuando los obreros constituían una pequeña clase de individuos pisoteados y reducidos a la impotencia reso-

naba la consigna: "¡Proletarios de todos los países, uníos! No tenéis otra cosa que perder que vuestras cadenas, y tenéis todo un mundo a vuestro alcance". Desde entonces los obreros se han convertido en la clase más numerosa de la sociedad; se han unido, pero de un modo todavía imperfecto. Solamente han formado grupos, grandes o pequeños, pero no han logrado todavía su unidad como clase. Se han unido de una forma superficial, externa, pero no en esencia, en profundidad. Y, sin embargo, siguen sin tener otra cosa que perder que sus cadenas; y lo que, por otra parte, pudiesen perder, tampoco lo perderían precisamente luchando, sino sometiéndose temerosamente. El mundo que está a su alcance empieza a ser vagamente entrevisto. En otro tiempo, los trabajadores no podían representarse claramente ningún objetivo capaz de unirles, y por ello sus organizaciones acabaron convirtiéndose en instrumentos del capitalismo. Hoy, el objetivo se delinea más claramente; frente a un dominio reforzado por medio de una economía planificada bajo la autoridad del Estado, se encuentra lo que Marx llamaba la asociación de los productores libres e iguales. Es preciso unir, a la llamada a la unidad, una indicación sobre el objetivo: ¡Tomad las fábricas y las máquinas! ¡Imponed vuestro poder sobre el aparato productivo! ¡Organizad la producción por medio de consejos obreros!



LA TEORIA, LOS INTELLECTUALES Y LA AUTONOMIA DE LA CLASE OBRERA

IGNACIO FDEZ. DE CASTRO (EDE)

Existe y puede constatararse un rechazo bastante generalizado en los colectivos obreros de fábrica que están por la autonomía hacia los "intelectuales", aunque también se hayan situado en la autonomía obrera, y este rechazo alcanza al campo específico en que se desenvuelven los intelectuales, es decir, la "teoría". Las discusiones teóricas son una forma de perder el tiempo, un tiempo escaso en el quehacer revolucionario, y los intelectuales, que se mueven como pez en el agua en ese "pasatiempo", utilizan su dominio de la teoría para asumir una función dirigente en el movimiento, y asumen esta función aunque la teoría que desarrollen sea la de negar el dirigismo y combatirlo, asentando los presupuestos teóricos de la autonomía de la clase y de su capacidad para dirigirse a sí misma.

Parece que este doble rechazo —de la teoría y de los intelectuales— tiene sus causas en la historia del movimiento obrero, en esa memoria colectiva de la clase en la que se

almacenan las experiencias de la lucha. Por una parte, la división del trabajo en trabajo manual y trabajo intelectual a lo largo del proceso de producción se ha acompañado de una enorme desigualdad social: a los trabajadores manuales la sociedad les ha negado el pan y la sal, en tanto que trabajadores intelectuales han gozado de altas retribuciones, de prestigio social y del monopolio de la cultura. Por otra parte, aun dentro del movimiento obrero organizado, los intelectuales han constituido el núcleo dirigente de las vanguardias revolucionarias, reservándose para sí las funciones de análisis, y el conocimiento de la realidad y la capacidad de decidir objetivos y estrategias en nombre de la clase, la base, formada mayoritariamente por los trabajadores manuales, no ha tenido otra opción que la de dejarse dirigir siguiendo a la vanguardia en su lucha para la conquista del poder.

Desde el momento que en la clase obrera nace y se va abriendo camino la conciencia

de que las "vanguardias" le han sustituido en la dirección de la acción revolucionaria y que ésta, en su esencia, consiste en que tal sustitución no se produzca para que no se perpetúe en el interior mismo del movimiento revolucionario la dominación y la explotación que padecen, nada tiene de extraño que el movimiento obrero por la autonomía de la clase rechace a los intelectuales, aunque hagan declaración de fe de autonomía, y que el rechazo se extienda a la función intelectual por excelencia que es la discusión ideológica y a su resultado la teoría misma.

Aun cuando la historia del movimiento obrero y de la lucha de clases evidencia el rechazo, no por ello resuelve el problema que plantea, ya que parece indudable que en sí mismo este rechazo es el resultado de un proceso de toma de conciencia de la realidad, o, lo que es lo mismo, el resultado de un análisis, de un proceso de conocimiento colectivo, parte importante de la



teoría de la autonomía de la clase obrera que se traduce en la práctica del rechazo. La cuestión en el fondo se encuentra en tratar de enmarcar este rechazo, dentro de la teoría, de la autonomía de la clase y no solamente como una práctica de lucha de este movimiento. En el fondo —creemos— se trata de una lucha ideológica o, de una manera más precisa, de una lucha contra la ideología, expresión del avance teórico de la clase, tanto si este avance aparece formulado en el lenguaje teórico, como si su formulación es tan sólo por el contundente procedimiento del rechazo en el cotidiano desarrollo de la lucha.

Parece, pues, importante precisar los términos exactos del rechazo ya que el hacerlo se especifica una parte importante de la teoría de la autonomía.

"EL INTELLECTUAL" Y SU INSERCIÓN EN LA CLASE OBRERA

Si hacemos historia en términos muy esquemáticos, el "intelectual" como persona que específicamente dedica su actividad al trabajo intelectual y a vivir del mismo, debe su origen histórico a la necesidad que tienen los grupos dominantes de legitimar y justificar su dominio, y, llegado un momento del desarrollo, de la necesidad de acumular, conservar y transmitir los conocimientos que se realizan en el proceso productivo para que permanentemente se incorporen al mismo. En las sociedades occidentales la función intelectual como función específica necesaria para los grupos dominadores la asumieron —en general— no directamente los miembros de estos grupos, sino los "ciudadanos libres" desplazados de los procesos directamente productivos por el empleo de esclavos en las explotaciones

agrarias que habían sido apropiadas por los grupos dominantes. Los ciudadanos libres sin tierras y sin la posibilidad de ser empleados en la agricultura, asumen, en el período esclavista, actividades artesanas, funciones comerciales, y el ejercicio de los oficios intelectuales en toda su variada gama de creación artística, investigación técnica y desarrollo del pensamiento filosófico, así como toda la actividad religiosa, educativa y sanitaria.

En estos orígenes históricos que constituyen el precedente inmediato de nuestra época, se encuentran absolutamente separados, por su distinta condición de hombres libres y esclavos, los "productores" que trabajaban la tierra de los poderosos produciendo los excedentes sobre los que éstos asentaban su poder, de otro grupo de activos, ciudadanos libres, que asumían las actividades de lo que hoy conocemos como sector terciario y las de una producción artesana destinada al consumo del grupo dominante o a la producción de ciertos utensilios y herramientas necesarios para los trabajos en las explotaciones agrícolas, primeras inversiones productivas de los excedentes. Dentro de este último grupo "los intelectuales" en un sentido estricto constituían una capa importante y relativamente privilegiada. En tanto que los esclavos inician su larga marcha hacia su liberación, conociendo el oscuro y trágico período de la servidumbre feudal, antes de alcanzar la condición jurídica de hombres libres, y la nueva explotación de obreros asalariados, los mercaderes, los prestamistas, los artesanos, los sacerdotes, los médicos y curanderos, los alquimistas, los educadores, los filósofos, faranduleros y cómicos de la legua, teólogos, escritores, poetas, músicos, pintores, arquitectos, escribanos, etc. mantuvieron su condición de hombres libres pero

con funciones al servicio de los privilegiados.

Paulatinamente en este último grupo se inicia un lento pero inexorable proceso de expropiación y de sometimiento que conocemos como proceso de proletarianización. La última etapa de "liberación" de los siervos y la iniciación del proceso de proletarianización de los ciudadanos libres coincide con el lento pasaje de una sociedad feudal a una sociedad capitalista y ambos fenómenos forman parte de la formación originaria de capital. El modo de producción capitalista encuentra su primer espacio de asentamiento no en la producción agraria sino en la industrial y es el grupo artesano —dentro del conjunto de ciudadanos libres— el primero en sufrir el proceso de proletarianización (expropiación de los instrumentos de trabajo, de sus conocimientos productivos, y sometimiento a las nuevas condiciones de producción: compra de su fuerza de trabajo y nueva condición de asalariados en la empresa de producción capitalista), unificándose en tanto proletarios con los campesinos liberados de su condición servil, expropiados de sus tierras y presentes también en el mercado de trabajo capitalista industrial.

Pero la expansión capitalista y la progresiva dominación del nuevo modo de producción, no se limita ni se detiene en la producción industrial sino que en etapas sucesivas se va asentando sobre el sector terciario y también, desde luego, en la producción agraria primitivamente abandonada al precapitalismo. Cada uno de estos avances y nuevos asentamientos supone que el proceso de salarización (evitamos el término de proletarianización por las razones que explicamos más tarde) se extiende a los grupos de ciudadanos libres que ejercían su actividad en estos espacios que el capitalismo va conquistando. La sanidad, la enseñanza, el comercio, la financiación los transportes, el turismo, el espectáculo, los medios de comunicación social, la hostelería, el deporte, los servicios personales, la explotación del ocio, se van sucesivamente transformando en espacios dominados por el modo de producción capitalista y todos los grupos sociales que ejercían su actividad "liberal" o familiar en estos campos son expropiados de sus medios de trabajo y conocimientos —al igual que los antiguos artesanos industriales— y convertidos en asalariados dentro del modo de producción capitalista.

Si en la primera etapa de asentamiento, la que se realiza sobre la producción industrial, el proceso de salarización no afecta apenas al grupo de "los intelectuales", la segunda incide muy directamente sobre los mismos, quienes, por otra parte, y ya desde mucho antes que este avance capitalista se realizara, se habían convertido en funcionarios del Estado al asumir éste alguno de sus campos específicos de actividad convirtiéndolos en servicios públicos. El ejercicio libre de la profesión, o "la profesión liberal" —como los talleres artesanos, o los comercios familiares—, queda en una sociedad capitalista avanzada como uno de los residuos en disgregación de un sistema de actividad precapitalista ya marginada y condenada a desaparecer. Engullidos en el modo de producción capitalista "los intelectuales" en tanto asalariados, venden al capital, a la empresa, su fuerza de trabajo espe-

cializada de intelectual, y el trabajo que desarrollan en las nuevas condiciones —su labor intelectual— y el resultado de la misma, no les pertenece. El trabajo intelectual en cuanto persiste en el mundo capitalista es ya una de las expresiones de la división de trabajo capitalista, como lo es también el trabajo manual. Obreros e "intelectuales" tienen la condición común de asalariados y de realizar ambos trabajo capitalista, la de ser ambos partes de capital que éste consume en su actividad productiva. Los caminos históricos recorridos y los tiempos en que se ha realizado su salarización han sido distintos pero ambos han llegado al mismo punto de coincidencia.

EL FRACCIONAMIENTO DE LOS ASALARIADOS Y LA DIVISION DE TRABAJO CAPITALISTA

Limitándonos al tema que nos interesa, que es la división entre trabajo manual e intelectual dentro del modo de producción capitalista, la primera cuestión que salta a la vista es que esta división del trabajo, que, en principio, podría considerarse debida al general proceso de especialización por contenidos, de cara a una mayor eficacia y productividad, se acompaña de una acusada estratificación social cuya consecuencia será el fraccionamiento en capas de intereses contradictorios del conjunto de los asalariados pese a su común condición de mercancía comprada por el capital.

La estratificación social, que tiene poco que ver con la división en clases sociales, se sitúa en general sobre el consumo —niveles cuantitativos y cualitativos diferenciados de consumo—, sobre el prestigio social íntimamente unido al ejercicio de una actividad y sobre las diferencias de niveles culturales en su doble aspecto de conocimientos, y modos de vida y de relación. Teniendo esto en cuenta se comprende muy bien el efecto que sobre las diferencias de estratificación que acompañan a la división de trabajo en trabajo manual y trabajo intelectual, tuvo el origen histórico diferenciado de ambos, dentro del mundo capitalista y que hemos dejado descrito.

El trabajo manual aparece en el modo de producción capitalista en su primera etapa de asentamiento sobre la producción artesana y es el resultado de un proceso de proletarianización. El trabajo intelectual se inserta en el modo de producción capitalista en una etapa posterior y tiene su origen en un proceso de salarización de estas actividades intelectuales. El camino histórico que debe recorrer el obrero industrial va desde la esclavitud al proletariado, es un camino de liberación, jurídica desde luego, pero en una permanencia de la miseria económica. Para que el hombre libre aceptara vender su fuerza de trabajo al capital industrial y aceptase las condiciones de trabajo que éste le imponía era necesario que este hombre libre careciese de todo y que no tuviera otra cosa que vender. El proletario es el que se encuentra despojado de todo. El proceso de proletarianización del artesano se identifica con su sucesivo despojo para que llegara a encontrarse en la misma condición que el proletario con el que en definitiva tendría que competir en el mercado de trabajo. El

ciudadano libre que ejercía su actividad de artesano porque tenía sus útiles de trabajo y sus conocimientos del proceso de producción, debe pasar a la condición proletaria de ciudadano libre sin útiles ni medios de producción propios y sin conocimiento del proceso de producción, y esto es lo que ocurre en esta primera etapa coincidente con la formación originaria de capital. El capital no solo expropia al artesano de sus útiles y medios de producción, sino que le expropia de sus conocimientos que quedan incorporados a las máquinas.

Cuando el capitalismo invade los campos de actividad donde se encuentra la mayor parte del trabajo de los intelectuales, ha recorrido un importante camino en su desarrollo. La producción industrial donde en primer término se ha asentado ha dejado de producir bienes exclusivamente para los no proletarios, sino que en gran medida ha empezado a dedicar su producción para el consumo de los obreros. El sistema productivo realiza la producción de masas porque el consumo ha pasado también a ser de masas y lentamente el obrero industrial inicia su desproletarianización (en el sentido que identifica proletario, con el absolutamente desposeído y miserable en el borde mismo de la reproducción biológica). No solamente se producen aumentos considerables en los niveles de consumo obrero, sino que a la fuerza de trabajo industrial se le van incorporando conocimientos técnicos y habilidades especializadas. En lugar del proceso de proletarianización que tendencialmente llevaba a todos los obreros a su igualación en el punto de la carencia total o proletarianización, se empieza ya a producir la tendencia contraria, ya que a la división técnica del trabajo se unen desigualdades cada vez más acusadas entre las diversas categorías laborales acompañadas de escalas de salarios diferenciados. La conversión del trabajo "libre" del profesional liberal en fuerza de trabajo capitalista, cuando el capitalismo se asienta sobre su campo específico de actividad, ya no precisa que vaya acompañado por un proceso de proletarianización en el sen-

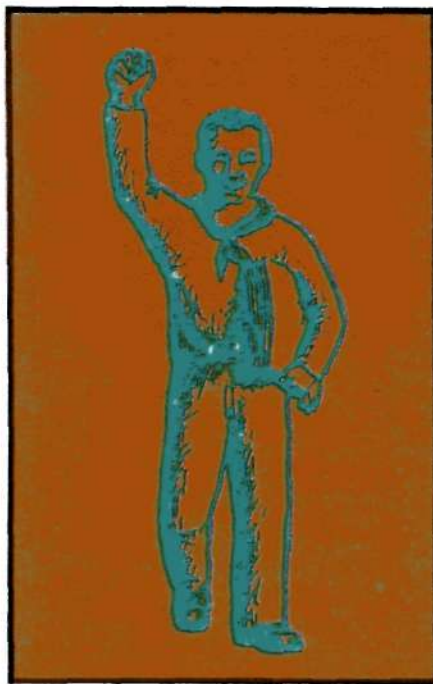
tido tradicional de depauperización, sino de salarización, convirtiendo en salario —expresión monetaria del precio de la fuerza de trabajo— el costo social de la reproducción del profesional intelectual, es decir su nivel de consumo y de instrucción y aún los gastos suntuarios que acompañan al prestigio que la sociedad otorga a su profesión liberal. La salarización no supone necesariamente la pérdida del "status social" como supuso para los artesanos su proletarianización: sino más bien que el contenido material de este "status", los bienes en que se concreta, son la medida del valor de cambio de la fuerza de trabajo de que se trate, y esto es así, no porque de una manera excepcional se aplique a los profesionales liberales cuando se ven obligados a entrar en las relaciones capitalistas de producción como asalariados, sino porque el sistema trabaja ya sobre la base de un consumo de masas y la estratificación generalizada del consumo sobre la que actúan los proyectos de producción y los objetivos de ventas del aparato capitalista de producción, sirven de base y de medida al valor de cambio de la totalidad de las categorías profesionales en las que se concreta la división del trabajo capitalista.

Los diferentes estratos sociales que existen a nivel consumo, prestigio y cultura, y que en el mercado de trabajo se traducen en escalas de salarios por diferentes categorías profesionales por el mecanismo del valor de cambio de la fuerza de trabajo, fraccionan al conjunto de los asalariados en capas definidas por la diferenciación de status social e interesadas en mantenerla. Los intereses fraccionales dominan sobre los intereses de clase y estos intereses fraccionales son en algunos aspectos fundamentales contradictorios entre sí.

Cuando los "intelectuales" pierden su condición de "libres" en las relaciones en que se establece su trabajo y sufren el proceso de salarización, no se incorporan al conjunto asalariado unificado en el punto cero de la condición proletaria, sino que lo hacen a una fracción de los asalariados que se distingue y se define no sólo por "disfrutar" de un status social elevado —o relativamente más elevado que el resto de los asalariados— lo que da un valor de cambio superior a su fuerza de trabajo, sino que ocupan, dominándolas, las partes de la estructura capitalista de producción especializadas en funciones burocráticas, tecnológicas y de dominación ideológica. Este hecho constatado en la práctica de la lucha de clases por los trabajadores "manuales" que tratan de alcanzar su liberación está en la base del rechazo obrero, doble rechazo: al intelectual en cuanto miembro de una fracción privilegiada dentro de la clase y a la función que realiza de control burocrático, de dirección técnica y de alienación social o de transmisión y perpetuación de la ideología dominante.

EL INTELLECTUAL Y LA FUNCION INTELLECTUAL EN LA LUCHA DE CLASES

Sin embargo, para un análisis correcto, hay que distinguir entre el "intelectual y su función" consecuencia de la división del trabajo en una sociedad capitalista, y el inte-



lectual y sus funciones en la lucha de clases. Parece evidente que el problema del rechazo a los intelectuales y a su función por excelencia que es la de teorizar, de los colectivos autónomos de fábrica, no lo sitúan sólo dentro de la comprensión de un fraccionamiento real de la clase como consecuencia de la división de trabajo capitalista, sino en el plano mismo de la lucha de clases y dentro de un rechazo general al dirigismo que las vanguardias hacen del movimiento obrero. En la organización del movimiento obrero para la lucha revolucionaria, y por razones de eficacia para conseguir la toma del poder, los intelectuales han desempeñado un papel importante antes incluso de que se iniciara el proceso de su salarización que hemos dejado descrito. En primer lugar, ha sido en los núcleos intelectuales donde han surgido las primeras formulaciones científicas de las condiciones de explotación que padecía la clase obrera y los primeros que han emprendido la lucha ideológica. En segundo lugar, esta primera toma de conciencia y su formulación programática, y precisamente porque se realizó en los núcleos intelectuales —y quizá solamente podía desarrollarse en los mismos—, se expresó en términos "intelectuales" solo verdaderamente asequibles a quienes poseían la misma cultura y aun el mismo lenguaje, haciéndose "traducciones" populares degradadas para la necesaria movilización de las "masas", cuya última expresión más eficaz es la consigna partidista.

La "incapacidad" de la clase para una comprensión teórica completa, dados los términos mismos en los que se plantea, y para una toma de conciencia coincidente con el proceso teórico científico, reserva, dentro del movimiento obrero, a los intelectuales las funciones de análisis de la realidad, la formulación de los programas a largo y medio plazo y el establecimiento de la estrategia de la clase para la lucha revolucionaria, y esta cuestión de hecho que constata Lenin en el movimiento obrero, le lleva a la creación del partido-vanguardia que asumirá estas funciones "intelectuales" y a que este partido-vanguardia reclute sus militantes, y sobre todo sus dirigentes, en el exterior de la clase, entre los intelectuales todavía no asalariados que habían llegado a tomar conciencia de la explotación capitalista y que eran los únicos capaces de realizar análisis y de formular las estrategias de la lucha revolucionaria.

La división del trabajo que resultaba eficaz y racional en la organización capitalista del proceso de producción, por las mismas razones de eficacia, se reproducía en la organización revolucionaria del movimiento obrero y los intelectuales y los obreros manuales dentro del mismo ocupaban los mismos lugares y ejercían las mismas funciones que en aquella.

El proceso de salarización de los intelectuales y el dominio capitalista de las funciones que realizan y su organización dentro del sistema de división social del trabajo, no arregla precisamente esta situación, sino que todavía hace más evidente la íntima relación que existe entre las funciones de dirección dentro de la organización productiva capitalista y las que se han establecido en el movimiento obrero en sus organizaciones revolucionarias.

Por último, el cuadro se completa cuando la



clase obrera, pese a los tabús y a los entusiasmos iniciales, comprueba que en las primeras revoluciones triunfantes, cuando las organizaciones revolucionarias conquistan el poder y establecen "la dictadura del proletariado", la eficacia de la organización revolucionaria, con sus vanguardias y sus organizaciones de masa, se extiende y se afirma en el nuevo Estado en forma de burocracias y tecnocracias políticas que asumen todo el poder en nombre de la clase que continúa sin modificaciones sustanciales en el aparato productivo.

El rechazo de los colectivos autónomos de fábrica, que son la expresión organizada de un nuevo proceso de toma de conciencia de todos estos fenómenos que hemos descrito, de las vanguardias dirigentes y en general de las organizaciones tradicionales, se traduce precisamente en la práctica del rechazo a los intelectuales y de la forma como estos han asumido, dentro del movimiento obrero y de la lucha de clases, la función intelectual, como el resultado de una división del trabajo copiada del sistema capitalista, en la que teorizar es una función especializada, que requiere un lenguaje "técnico" (casi podríamos decir mágico o sacerdotal), que constituye una seria barrera defensiva de su trabajo especializado, al que por otra parte y como en el sistema capitalista va unida una función dirigente.

Que el rechazo alcance también a la teoría misma —como en la práctica de los colectivos autónomos obreros ocurre en muchas ocasiones—, se debe, creemos, a que, por una parte, la expresión de esta teoría se ha realizado en unos términos "intelectuales" (en el sentido peyorativo de la palabra intelectual); y por otra, en que esta práctica de rechazo que nace y se desarrolla en una base "no intelectual", permanentemente excluida del proceso de elaboración teórica, es en sí misma la expresión de un proceso de elaboración teórica distinto realizado en otros términos "no intelectuales", pues es el resultado de una toma de conciencia del conjunto de los fenómenos que hemos examinado, fenómenos que, desde luego, no son "conocidos" por los propios intelectuales "revolucionarios", ni por los dirigentes de las vanguardias de la clase, ya que se lo impide su propia posición relativamente privilegiada en el movimiento. La presencia de

esta nueva elaboración teórica que se expresa en la práctica del rechazo, coloca a la teoría tradicional en una posición ideológica de legitimación de las funciones dirigentes que han asumido las vanguardias y los propios intelectuales, y también —desde luego— de "justificación" de los status sociales privilegiados en que se traduce, en el caso de los intelectuales salarizados, la división de trabajo capitalista, y al rechazo en sí mismo en uno de los aspectos más importantes de la lucha ideológica de la clase obrera.

LA FUNCION INTELCTUAL Y EL MOVIMIENTO POR LA AUTONOMIA DE LA CLASE

El problema de fondo que está planteado para el movimiento por la autonomía se puede formular en los siguientes términos: el nuevo discurso teórico de la clase actualmente se expresa —como ya hemos reiterado— en un lenguaje o en unos términos de práctica de rechazo. De un conocimiento inmediato de una situación —toma de conciencia— se pasa sin otra elaboración intermedia a su expresión en la práctica de la lucha y, en este caso, esa práctica de lucha es la expresión misma de la lucha ideológica de la clase, pero ante esta constatación cabe preguntarse si este sistema de elaboración teórica, en el que se ha suprimido prácticamente el mecanismo de las abstracciones en las que tradicionalmente se producía el discurso teórico, es capaz o apropiado para que su desarrollo permita a la clase —al movimiento por la autonomía de la clase— enfrentarse con su necesidad de analizar una realidad cada vez más compleja y elaborar programas, estrategias y alternativas globales, o si le será preciso, en lugar de rechazar el discurso teórico tradicional, conquistar sus mecanismos para desarrollar y avanzar en la lucha revolucionaria.

Nuestra respuesta —y como toda respuesta siempre es aventurada y somos conscientes de ello— es que el movimiento por la autonomía de la clase y la clase obrera en su conjunto no tiene, hoy por hoy, otro camino que ensayar dominar los mecanismos del discurso teórico para poder pasar de una situación defensiva (estímulo-respuesta) a una posición ofensiva articulada sobre una estrategia y un programa.

Si, por una parte, el desarrollo de la producción capitalista parece que facilita esta tarea al incorporar a la fuerza de trabajo total que utiliza conocimientos en muchos casos muy sofisticados que permiten los procesos de análisis y la formulación de estrategias y programas; por otra, la división del trabajo y la estratificación que lleva incorporada, crea dentro de la clase fraccionamientos jerarquizados que se reproducen en las organizaciones de clase. La utilización hasta el máximo de los aspectos positivos del proceso capitalista de incorporar conocimientos a la fuerza de trabajo y la lucha contra la división del trabajo y su consecuencia: el fraccionamiento, aparecen en esta dinámica como objetivos prioritarios del movimiento autónomo, para que pueda desarrollar la función intelectual que le es necesaria por sí misma sin que en ello sea sustituido por los intelectuales.